

# Coloquio en el paraíso

Ricardo Cano Gaviria

Ilustraciones *Malk*

“... óyote hablar y sé que te hablo, y no puedo creerlo...”

Era una mañana espléndida, lo reconozco, aunque me levanté con sobresalto... Había tenido malos sueños. Unos perros del vecindario, unos perros jóvenes y locos, asaltaban un gallinero: volaban las plumas y la sangre, entre ladridos y cacareos, y todo ese estrépito me puso de muy mal humor en mi sueño. Pero, ya despierto, el sol de la mañana me reconcilió con el mundo y conmigo mismo. ¿Por qué pensar en robos y gallinas masacradas con un sol así? Habría que ser demasiado insensible, maldita sea. De modo que después de beber un poco de agua me dispuse a dar un paseo. Salí del patio por la puerta que da al cine del barrio, donde me crucé con unos niños que iban al colegio, muy limpios y bien peinados. Me miraron con curiosidad, como si esperaran algo de mí, pero sin decir nada. Por eso intenté recordar si los conocía, pero fue imposible: probablemente lo olvidé. Son las cosas típicas que le ocurren

a un viejo como yo. Lástima: si los hubiera recordado hubiera podido decirles algo...

Luego, unos metros más adelante, vi que a esa hora estaba ya en el patio de los vecinos ese niño raquítico que me inspira tanta lástima y al que le dicen Albertico. Pensé acercármele para pasar un rato con él, pero desistí porque la mañana era muy hermosa y tenía miedo de perderme algo importante. Era como si la luz del sol me guardara una sorpresa. Otro día será, pensé mirando al muchacho con pesar... Los viejos tenemos que aprovechar muy bien el tiempo, especialmente en un día como éste. No obstante, cuando vi venir aquel grupo de fanfarrones vestidos de colegiales que varias veces ya habían molestado al pobre Albertico, me planté en la esquina, puse cara de pocos amigos y los miré... Casi enseguida los camorristas captaron el mensaje y se fueron por otro camino. Al verlos alejarse, lo confieso, lancé un suspiro de alivio. ¿Quién puede fiarse de gente así, que engaña de ese modo a sus padres? Salen para la escuela y en el camino, cuando se encuentran, deciden irse a hacer novillos... Sabrá dios lo que tenían planeado ese día, los cabrones. Yo creo que la maldad de los hombres empieza en los niños: era un pensamiento digno de esa mañana en que me sentía exultante, deseoso de hacer una buena obra. Y que ya la había hecho fue justamente lo que pensé al comprobar que ya no quedaba rastro de aquellos demonios...

Continué entonces tranquilamente mi marcha, como si aquel trozo del barrio que me sabía de memoria no pudiera depararme ningún otro incidente una mañana como esa. Porque hay veces en que uno piensa que ni siquiera el vuelo de una mosca debe estar fuera de sitio... Pero que el mío no iba a ser un día así lo presentí cuando, en el último patio de la manzana, vi aquel gato horrible, con sus cintas rojas y su pelo peinado de forma ridícula. Siempre he odiado a los animales, especialmente a los advenedizos, que llegan a un sitio y se instalan en él así como así. No era la primera vez que veía a aquella especie de muñeco cursi y relamido, y pensé que ya había llegado la hora de pegarle un buen susto... Se hacía el aseo tan tranquilo, a la vista de todo



el mundo. Y buena razón tenía para estarlo, en aquel arbusto florecido, a más de dos metros del suelo. Lo que allí hubiera hecho falta era uno de esos sinvergüenzas que van por el mundo con su tirachinas, luciendo su buena puntería: porque creo que era un deber público apuntarle con cuidado y acertarle en el culo a aquel esponjoso gato de mierda.

De todos modos, aunque yo hubiera sido ese tipo, no hubiera desperdiciado una mañana tan bella en una aventura así. Por eso decidí seguir mi camino y llegar de una maldita vez hasta el mercado, donde ya había bastante gente. Fue una buena decisión, pues era un espectáculo digno de verse. Allí estaba la frutería con sus papayas y sus mangos, la panadería y luego la carnicería... Al contemplar en la distancia aquellos filetes rojos, que el carnicero cortaba como si se tratase de mantequilla, la boca se me hacía agua, lo confieso. El señor Montalvo, el nuevo carnicero, cantaba y al ritmo de los movimientos de su mano los trozos saltaban al papel y luego del papel a la balanza, que se movía. Dos kilos de solomillo para el humano dichoso que ese medio día al almuerzo se comería su filete. ¿Quién sería el afortunado? Me esforcé en mirar desde lejos; no quería pasar la calle, pues desde mi sitio se dominaba mejor el conjunto... Sí, era para el señor Di Magio, aquel argentino que hablaba con acento cantarín, como en las milongas y los tangos. Allí estaba su mujer, repasándose el peinado mientras esperaba el paquete, ya que seguramente se estaba viendo reflejada en el cristal del mostrador. Porque quiero dejar claro que mi barrio era un buen barrio, donde la gente iba bien arreglada, y comía estupendamente, mucho mejor que en el barrio de más arriba, donde abundan los tipos desgreñados y en las carnicerías van y vienen los huesos. Pues en el mundo hay de todo, incluso gente que se conforma con huesos, para hacer caldo de huesos. Nosotros los viejos sabemos mucho de eso, no en vano hemos pasado toda la vida observando y aprendiendo. Por ejemplo, en nuestro barrio casi nunca se veía a gente de piel mestiza y negritos como esos que sólo saben meterse con los que son diferentes. Los extranjeros son siempre muy considerados con los demás, y más aún con los viejos como yo, a los que con frecuencia sonrían y acarician...

En eso, y hablando de extranjeros, al mirar hacia la otra esquina vi a la señora Ranicki, sonriente y rozagante; se dirigía hacia el mercado y llevaba una pequeña cesta, siempre tan recatada, con esos vestidos que incluso en verano le cubrían el antebrazo... Creo que había descubierto la causa de su forma de vestir la tarde en que la vi subirse la manga y mirarse aquella cosa oscura por encima del codo: no era una mancha, no, sino una especie de tatuaje. Como yo estaba apostado tras los setos a unos pocos metros, sin que ella me descubriera, pude verlo con toda claridad, el número. Mejor dicho, el pequeño triángulo y el número que lo seguía, un número muy largo. Yo nunca había visto algo así, y por eso, pensando que se trataba de una persona muy especial, cuando se ponía a mi alcance la miraba todo lo que podía.

La señora Ranicki no tenía hijos, estaba casada con un tipo con sombrero que a veces, cuando se emborrachaba, mantenía consigo mismo, en el parque, complicados diálogos en otro idioma, hasta que ella venía a buscarlo. Se iba a casa con su borracho y yo los veía alejarse tambaleantes en la tarde, y a veces incluso los seguía varias cuadras hasta la casita con jardín donde

vivían. Los dos habían venido de fuera y habían organizado su vida allí... Un día, al pasear por la calle paralela, descubrí que en la parte trasera de la casa había una ventana donde la descubrí varias veces contemplando el horizonte. Ella miraba y mirada, y yo me preguntaba sobre lo que habían visto esos ojos que miraban tanto el atardecer, unos ojos tristes y azules... Que muchas cosas pueden leerse en los ojos y en la forma de mirar fue algo que aprendí de los hombres. No cabía duda de que la señora Ranicki era una mujer hermosa. Lo digo yo, que en mi juventud llevé una vida disipada, una vida que fue la desgracia de varias hembras. A veces se me acerca uno que resulta que es hijo mío... ¿Será éste hijo mío? Sí, un mal padre, eso es lo que soy...

Una de las últimas veces en que me crucé con la señora Ranicki me sonrió y me dijo algo al pasar, justo antes de encontrarse con otra mujer, que iba con dos cachorros muy relamidos. Las dos se pusieron a hablar, y aproveché para escucharlas. La mujer de los perritos le dijo que una amiga suya se los había regalado, y que aún le quedaban dos... “¿Entonces cree que podría venderme uno?”, dijo la señora Ranicki agachándose para coger uno de los dos cachorrillos. “Sin duda”, dijo la otra, “esta misma tarde la llamaré”. Pocos días después la vi pasear con su perrito... Parecía feliz. Pero al verla me sentí decepcionado, lo confieso, de que un bicho con pelos y patas transformase de tal modo a un ser humano. ¡Pues vaya si ya en mi vejez no sabré que un perro es mucho menos que un ser humano, sin contar con que los perros pequeños tienden a ser como los gatos, cursis y relamidos!... ¡Qué manera de tapar la caca! Solo mirarlo da grima...

De pronto, me percaté de que la señora Ranicki se había esfumado de mi vista, seguramente porque había entrado en el mercado. Con tantas cabezas como las que iban y venían entre los puestos me fue imposible reconocerla... Ahora ya no me quedaba más que seguir hasta el parque, que fue precisamente lo que hice, incluso con cierta precipitación, pues comenzaba a sentirme cansado. Luego elegí un banco a la sombra y me puse a pensar en mis cosas de viejo hasta que me dormí; allí estaba yo, en una segunda juventud, corriendo tras la pelota como un campeón en medio de los niños, pensando en hermosos filetes y, cosa curiosa, en huesos enormes llenos de tuétano.... Me despertaron hacia el mediodía precisamente voces de niños; ya estaban saliendo del colegio y a unos sus mamás venían a recogerlos mientras que otros se iban solos a sus casas.





Entonces decidí regresar. Me sentía muy cansado y pensaba que ya había tenido bastante por ese día. Además el sol apretaba y estaba muerto de sed. Fui hasta la fuente solitaria y bebí un poco; recuerdo que la lengua me hacía plas-plas-plas... ¿Pero por dónde volver? Por un momento pensé en hacerlo por el otro camino, el que pasaba por la avenida saturada de autos; pero no tenía ganas de bajar hasta allí. Total, para llegar más cansado. Son cosas así, insignificantes, las que a veces deciden nuestro destino... Si hubiera ido hasta la avenida, mi vida tendría ahora otra perspectiva. De modo que allí estaba yo volviendo a mi casa por donde había venido: no hubo nada que me llamara la atención, aparte de aquel perrito absurdo, con el que me había topado ya varias veces, y que siempre se paraba a olerme. Cuando lo vi venir tirando de la cadena de su amo, con la lengua afuera, decidí cambiarme de acera, pues no me gusta que nadie sienta mis olores de viejo, y mucho menos que se ponga a analizarlos. Es una falta de consideración y de respeto... Además, ese perrito era muy enjundioso y parecía descubrirlo todo con el hocico: te olía con descaro y luego te miraba como si te dijera: ¿es que ya no tienes a nadie que te cuide? ¡Vaya olor, viejo pícaro, nunca lo hubiera creído de ti! ¡Qué callado te lo tenías!

¿O fue más bien el no haberme quedado en ese lado de la acera lo que me perdió? Solo sé que de pronto mis sentidos aletargados despertaron, y todo mi ser se puso en alerta... Mis ojos se habían posado sobre aquella imagen; allí estaba el peludo morrongo en su patio, pero se había bajado del árbol, y dormitaba subido en el muro, a mi alcance. ¿Se había vuelto loco? ¿Sabía a lo que se exponía? Sin duda eso fue lo que nos perdió a los dos... Entonces creo que me dije, con la velocidad del rayo: “en la vida hay que aprovechar las oportunidades que se presentan, incluso las de ser malo...”. En mi perra vida no me sirvió de nada ser bueno, ¿había llegado la hora del desquite?

Cuando me di cuenta, era ya un proyectil de carne y hueso dirigido hacía un gato medio dormido. Mis patas sacaron chispas al cemento de la acera, rasgaron el césped, prepararon el disparo de un cuerpo viejo y apelmazado convertido en bólido, como si hubiera rejuvenecido diez, quince, veinte años en un santiamén...

El animal lanzó un maullido espeluznante cuando lo agarré por el cuello y moví la cabeza y zas, ya estaba: gato desnucado... Luego lo vi en el suelo, inmóvil, y pensé que ni siquiera se había enterado. ¡Fue todo tan rápido!...

Pero la señora Duque ya estaba ahí, con la escoba en la mano, mirándome aterrorizada... Otra señora vino en su ayuda, gritando. Y yo las miraba, azezante, con la lengua afuera, orgulloso de mi obra...

“Es ese perro viejo que recogió en la perrera ese tipo que es escritor”.  
“¿Aquel con cara de drogadicto?”  
“Sí, ese que salió el otro día en el periódico. No lo he vuelto a ver”.  
“Ay, me mató a mi Rodolfo”.  
“Voy a llamar a la policía”, dijo la otra.

\* \* \*

“De todos modos”, dijo Berganza, rompiendo el silencio embarazoso que se hizo tras el relato... “Tuviste unas largas vacaciones, hombre, considéralo desde ese punto de vista”.

Era un galgo con muchas ínfulas, que presumía de su pedigrí y lloriqueaba mucho por las noches, cuando sentía nostalgia de su amo, un viejo solitario que había muerto de un ataque al corazón.

“Pero fue una estupidez”, dijo en cambio un chuchó joven y sin pretensiones, pero también sin pelos en la lengua, que había sido traído hacía solo una semana; se había hecho aceptar por todos gracias a su carácter afable y, por no tener nada, ni siquiera tenía nombre. “Ahora, con tu historial y la edad que tienes, ya nadie te querrá otra vez”.

“A perro flaco todo son pulgas”, terció el Culebra, un biguel que había abierto su único ojo cuando Peyote empezó su historia y, cosa sorprendente, no lo había vuelto a cerrar... Los días en que hacía mal tiempo como aquel se ponía filosófico por culpa del reuma, y cuando ocurría algo importante los demás lo miraban esperando alguna de sus frases.

“¿Vieron lo que pasó ayer? Hornearon a varios, entre ellos aquel que llevaba dos años en el corral de al lado... Yo olí el humo, al anochecer”, se volvió a oír al chuchó joven, sin pelos en la lengua.

“Les dieron la inyección a las cuatro”, metió baza desde el corral de al lado, a través de la valla, Faraón, un mestizo de lobo que hacía poco había sido adoptado y aún esperaba que vinieran a recogerlo. “Vi entrar al veterinario, desde aquí se ve muy bien... Tenían su número asignado desde hacía días”.

“No fue a las cuatro, sino al atardecer, lo digo por el humo”, corrigió Berganza, y comentó: “¿No creen ustedes que es todo un detalle? Dicen que antes nos metían en un costal y nos mataban a palos”.

“¿Valió la pena al menos, perro viejo?”, preguntó entonces el mestizo de lobo.

“¿Qué si valió la pena? Claro que sí”, respondió Peyote. “Cuando seas viejo lo entenderás”.

“Lo que yo entiendo ahora es que pronto subirás al cielo”, dijo Faraón.

“Sí, pero como humo de perro viejo y malo”, glosó el Culebra en medio de un bostezo, y al fin volvió a cerrar su ojo. ■

*Ricardo Cano Gaviria (Colombia)*

Premio Navarra de Novela 1988 (España) por *El pasajero Benjamin*. Premio Nacional del libro Pedro Gómez Valderrama por *Una lección de abismo*. Algunos de sus libros son: *El Prytaneum*, *El Pasajero Benjamin*, *Una lección de abismo*, *El hombre que rezó a Baudelaire* y *La vida en clave de sombra* de José Asunción Silva.